

dos de la época, los cuales hicieron un nacimiento para colocar en él la sagrada Efigie; nacimiento que era una verdadera maravilla de arte, llena de figuritas de marfil primorosamente esculpidas, con ropajes de seda bordados de oro y de piedras preciosas.

Habían pasado muchos siglos desde entonces y en todos estos siglos ningún año se había omitido el más leve detalle de la preciosa ceremonia instituida por Mallent y fielmente respetada por sus sucesores.

En la Nochebuena, al primer canto del gallo se abrían de par en par las puertas del castillo; y el señor, seguido de su servidumbre, se encaminaba a la cueva á donde se había trasladado de antemano la imagen milagrosa. Allí se celebraba la Misa, y luego todos se dirigían á un cercano bosque, en el cual se veían tres largas mesas cubiertas de vino y manjares. El señor, se costaba la cena, la servía por sí mismo á los vasallos, fraternizando de este modo con ellos en nombre del Dios de los pequeños. Concluido el acto, volvía procesionalmente al castillo, precedido por el cura, que llevaba la veneranda Efigie para colocarla otra vez en el nacimiento, siendo admitidos todos, sin distinción, á admirar la portentosa obra.

Bien hubiera querido orillar esta costumbre el avaro y orgulloso D. Ramon Mallent, que al espirar el siglo XVII era el señor del castillo; pero en aquella época Luis XII amenazaba ampararse de toda Cataluña, invadida ya por sus tropas, y el castellano temió en tan difíciles circunstancias enajenarse el amor de sus vasallos.

Así, pues, cuando llegó la Nochebuena de aquel año, y cuando el canto del gallo anunció que eran las doce, se abrieron como siempre las puertas del castillo. Delante venía D. Ramon, llevando á su izquierda á su hija Alicia, y á la derecha al buen párroco de la aldea, que era al mismo tiempo capellán de su casa. Detrás venían las dueñas, los pajes, los escuderos, aquellos con hachones encendidos, éstos armados de todas armas. Los aldeanos cerraban la comitiva, cantando villancicos y agitando las ramas de las plantas aromáticas cogidas en los bosques.

Es imposible imaginar nada más bello, nada más pintoresco que aquella procesion al través de los campos, ya perdiéndose detrás de los matorrales, ya atravesando por medio de los bosques, cuyo ramaje, transparentándose al fulgor de las antorchas, esparcía en torno una claridad verde y misteriosa.

Llegaron á la cueva, cuyas hermosísimas estalactitas, iluminadas con la luz que despedían infinitas lámparas de plata, formaban mil cambiantes, y después de oír la Misa se dirigieron al bosque, en donde estaban preparadas las mesas y en donde empezaron las danzas y los cantos.

Pero de repente las voces enmudecieron, enmudecieron los ecos de las zampoñas, y hasta el ciego y las fuentecillas callaron para dejar oír un canto tan suave y melodioso que parecían notas escapadas de las cítaras divinas.

—Silencio, es Conrado! exclamaron de todas partes.

—Ven, Conrado, ven! gritó el buen pastor de aquellos fieles.

Conrado descendió lentamente de un ottero: era un niño de diez años, pero pálido, débil, enfermizo.

—Canta, canta! exclamaron las mujeres, y te daremos con que enciendas una lámpara sobre el sepulcro de tus padres.

El niño hizo vibrar de nuevo las cuerdas de su laúd, y cuando concluyó el canto todas las mejillas estaban inundadas de lágrimas.

Conrado era huérfano; sus padres se habían dormido el uno en pos del otro en brazos de la muerte, dejándole abandonado. De constitución endeble, no podía dedicarse á ningún género de trabajo; pero cuando la brisa era templada y el hielo se deshacía, bajaba hasta Talarn para desempeñar mil comisiones: otras veces se ocupaba en recoger hierbas aromáticas y plantas medicinales, y por último, cuando sus fuerzas agotadas no le permitían hacer nada de esto, se sentaba al borde del ca-

mino y cantaba con una magia igual á la de la sirena, por cuanto los viajeros se sentían atraídos hacia aquel sitio, y nunca se alejaban sin darle una limosna.

Pero aquella noche de júbilo era de tristeza para el pobre niño, que no veía á sus padres sentados en el comunal banquete. Cuando finalizó su canto, dejó caer su cabeza sobre el pecho, y el laúd resbaló sobre la fresca hierba.

—Vuelve á cantar, mendigo! gritó el señor Mallent con rudo acento.

El niño no respondió: no podía responder; estaba casi desmayado.

Alicia era una buena alma, corrió á él, y acercó á sus labios su misma copa de oro.

Pero la acción de su hija exasperó la cólera de Mallent, quien prorrumpió en improperios contra el pobre niño.

—Señor, se apresuró á decir el bondadoso sacerdote, reparad que Conrado está débil y enfermizo.

—Entonces ¿para qué sirve en el mundo? repuso brutalmente D. Ramon.

—Ah, señor! ¿qué decidís exclamó el buen pastor; olvidáis que una sola gota de agua puede hacer rebosar un vaso, que un solo grano de arena puede hacer inclinar la balanza divina hacia un lado ú otro, que basta un solo grano de incienso para perfumar los altares del Eterno?

—Que cante, ó le hago colgar al momento de esa encina, interrumpió con voz furibunda D. Ramon.

El niño, vivificado con el suave licor, cogió el laúd y le arrancó dulces y embriagadores sonidos, que repitieron á lo lejos todos los ecos del monte.

Largo rato hacía que había dejado de cantar, cuando aún los circunstantes callaban, embriagados por aquellas dulces notas que agitaban dulcemente las almas, como el océano agita las aguas de un limpió riachuelo sin robarlas su tersura. Después, mientras los pastores volvieron á sus juegos y á sus danzas, Conrado, cuya mente estaba ofuscada por los vapores del vino, se durmió soñando con sus padres.

No era precisamente sueño el que le embargaba, sino un profundo estupor, al través del cual veía y oía de un modo confuso cuanto pasaba en torno.

De pronto creyó escuchar estas palabras, pronunciadas en voz baja:

—Luis XIII, dueño de la Cerdeña y el Rosellon, quiere poseer á todo trance este castillo, que es la llave de Puigcerdá; y dará una magnífica recompensa al que mañana haga ondear su bandera en la más alta de sus torres. Hay una mina oculta que conduce desde una caverna hasta la capilla: ¿cuánto queréis por abrir la puerta que desde la capilla comunica con los corredores del castillo, y franquear el paso á los franceses, que seguirán mis huellas?

—La cabeza de mi amo, respondió una voz desconocida, la posesion de Alicia, y tres de los ocho grandes arcones llenos de oro y plata que encierran los subterráneos.

Conrado quiso ver al que pronunciaba estas palabras, pero sus ojos sólo distinguieron opacas sombras. Entonces de entre estas sombras le pareció ver surgir al Niño Dios, rodeado de Querubines y nadando en un Océano de luz, el cual le decía con voz dulcísima:

—Anda, Conrado, anda; vé con los demás á la capilla, ocúltate en un confesonario, y cuando llegue la hora del peligro muestra á tu orgulloso señor que los niños, electrizados por la fé, pueden obrar portentosos; anda, Conrado, anda. Yo voy contigo.

El niño se levantó, corrió al alcance de la procesion que ya estaba muy lejos, entró con ella á la capilla, y se ocultó en un confesonario. Después todos se retiraron y quedó solo; solo con las efigies de los Santos, que proyectaban una inmensa sombra. El niño tuvo miedo... había dejado una lámpara encendida, cuya luz opaca aumentaba, en vez de disminuirla, la lobreguez de aquel recinto. Conrado encendió una antorcha; pero su llama titilante iluminaba los objetos con un color rojizo y misterioso que acrecentaba su espanto.

Pasaron las horas, horas interminables; de las cuales cada minuto era un siglo de martirio para el pobre niño.

—Rezaré por mi padre y mi madre, se dijo en medio de su angustia; y ellos me protegerán.

Y se arrodilló, y oró con todo el fervor de su alma amante y atribulada.

De repente le parece oír un lejano rumor... ¡Son pisadas que se acercan, que se acercan!... Ve moverse una de las grandes losas del pavimento y asomar por el pavimento una cabeza.

Conrado se esconde detrás del nacimiento y observa.

Trascurren algunos segundos, se abre la puerta de la capilla y aparece otro hombre que se dirige hacia el primero: es el traidor, es Beltran, el escudero favorito de su amo.

—¿Qué harás? ¿Qué puede hacer Conrado, pobre niño?

Si le ven, perece; mas ¿qué importa?

Conrado se abalanza á la puerta, cierra, arroja las llaves en el nacimiento, y amparándose de la antorcha la agita en todas direcciones.

Tan rápida, tan imprevista, tan extraordinaria fué su acción, que cuando los traidores quisieron impedirle, ya las llamas habían devorado las colgaduras y culebreaban por las paredes.

—¿Qué intentas? gritaron corriendo ciegos de furor hacia el niño.

—Que perezcamos los tres, ántes que el pabellon enemigo ondee en nuestros montes, respondió enérgicamente Conrado, cruzando los brazos sobre el pecho.

—¿Tú morirás, tú! exclamó el escudero asestando un puñal á su garganta.

El niño herido cayó bañado en su sangre sobre el pavimento.

—Déjale, dijo el francés al escudero que se preparaba á secundar el golpe; no hay tiempo que perder. Busca tú las llaves; yo sacudiré la puerta... Mis señores están ahí... oigo sus pasos; un minuto de retardo y nos perdemos todos.

—Ya está esparcida la alarma, gritó el escudero desparavido. Oigo una confusa gritería... ¡huyamos!...

Y ambos se abalanzaron á la losa entreabierta; pero tan ciego iba Beltran, que queriendo pasar el primero, perdió el equilibrio y rodó por la escalera hasta el fondo del abismo. Los franceses le abandonaron, huyendo precipitadamente al otro lado de los montes.

Quando los pastores y los habitantes del castillo, dominando el incendio, pudieron penetrar en la capilla, vieron á Conrado de pie detrás del nacimiento, único lugar que había sido respetado por las llamas. Su pecho brotaba sangre, pero sus labios sonreían.

Contó el suceso, señaló la losa que había quedado abierta, y el cadáver de Beltran patentizó la verdad del hecho.

—Señor, dijo el venerable sacerdote á D. Ramon cuando Conrado fué conducido en trífido á su presencia, un niño os ha salvado de la muerte; ha salvado el honor de vuestra hija; os ha conservado vuestros bienes; ha impedido que todo el Puigcerdá cayese en poder del enemigo. Aprended á no despreciar jamás al débil; aprended á bendecir á Dios en el más humilde de los seres y en la más pequeña de sus obras.

El señor de Mallent no respondió, acogió lleno de rubor á Conrado y le llamó su hijo.

Desde aquel instante lo fué en efecto. Le envió á estudiar y el niño, que estudió la teología, conquistó tal gloria en las letras, que hoy repiten su nombre con orgullo los ecos de Cataluña.

Por lo demás, el señor de Mallent hizo reconstruir la capilla, distribuyó todo el oro que contenían tres de sus arcones entre los pobres, y durante toda su vida rindió fervoroso culto al Dios-niño, que es el Dios de los humildes.

ANGELA GRASI.

SABLAZO CELEBRE.

CUENTO HISTÓRICO.

VIVIA en Madrid hace treinta años un banquero riquísimo, muy considerado por las altas clases que le codeaban, y muy envidiado por los inferiores que, faltos todavía de mejores derechos individuales, ejercían ampliamente el primitivo de la envidia. Y hasta los que en aquella fecha no teníamos aspiracion de más transcendencia que la de ver crecer rápidamente el bozo que nos apuntaba, no podíamos ménos de mirar desde lejos, con secreta melancolía, aquel millonario, aquel poseedor de tantas monedas de cinco duros. Porque entonces, creamlo ustedes, había en la capital de España esas monedas y también había unas modistillas afebles y sentimentales, que las consumían que era un primor: por más señas que no sé dónde unas y otras han ido á parar.

La historia de aquel banquero tenía una sencillez épica. Hombre pensador y activo, sabiendo que las guerras civiles no sólo sirven para que los filósofos desesperen de la humanidad, sino asimismo para que algunos se hagan ricos, supo empezar á enriquecerse como provisionista en nuestra primera guerra civil del siglo. Hombre de progreso, supo hacer progresar inmediatamente en más vastas esferas sus ganancias, de una manera vertiginosa. Y entrando luego con desahogo, que es como hay que entrar, en el terrano de las ambiciones secundarias, fué hombre político; y como tenía talento, cosa que en aquella remota edad era necesaria para ser ministro, lo fué. Y fué además marqués y duque, el primer duque financiero de nuestros días y propietario urbano y rural en proporciones magníficas, y por ende primer contribuyente de varias provincias, que es, en resumen, cuanto hay que ser, digan lo que quieran los enemigos de la administracion pública.

Pero hay más (y véase lo que es la fanática fortuna cuando se decide por un favorito): todos los bienes urbanos y rústicos, todos los tesoros contantes y sonantes de aquel Oreso madrileño, eran granos de anís en comparacion del Tesoro de carne y hueso que también poseía en la bella persona de su hija única, blanca como las azucenas, rubia como las espigas y buena como los ángeles. Por cierto que esta beldad, que á la sazón era ya casadera, es todavía (y sea por muchos años) vecina de la villa y corte, caritativa como puecas, modelo de jamonas, y sentada hasta el extremo de no haber querido rendirse en matrimonio á ninguno de sus solicitantes, cuyo número ha sido próximamente igual al de los granos de arena que el mar contiene.

Paes bien: hallábase una tarde el duque banquero en su monumental despacho, sin saber qué hacerse, como es natural y providencial que sucede á los que pueden hacerlo todo, cuando entró su criado á decirle que en la antecámara esperaba, deseando hablarle de un particular interesante, cierto caballero joven, cuya tarjeta le presentó. La tarjeta decía *Marcial Pérez*. Y el duque dijo: No le conozco; pero, en fin, que pase. Y el joven pasó.

Era el señor Pérez un mozo alto, delgado, pálido, con levita, cabellera y bigotes románticos, es decir, muy descuidados, y mirada vivísima. Apareció dibujando en sus labios una sonrisa diplomática, se inclinó correctamente y empezó diciendo:

—No tengo, señor duque, el honor de que usted me conozca; pero sí el de conocer las altas prendas que á usted adornan como hombre de profundo sentido práctico en los asuntos. Y aunque sin título alguno á su consideracion, régome me conceda cinco minutos de audiencia, y me permita proponerle un negocio que juzgo convenientísimo para usted...

—Para mí nada más?—interrumpió el capitalista.

—Y para mí también, no lo niego, caballero.

—Bueno; pues siéntese usted y hable.

—Muchas gracias. Consientáme ante to-

do que le haga algunas preguntas imprescindibles.

—Pregunte usted.

—¿Tiene usted una hija, señor duque?

—La tengo.

—¿Una hija angelical y lindísima?

—Tal es mi opinion al ménos.

—Y la mía. ¿Soltera?

—De nacimiento.

—Como yo. ¿Y es verdad que piensa usted darla cuando se case una dote de diez millones de reales?

—Cabe en lo probable.

—Perfectamente.—Yo soy, señor duque, Marcial Pérez, natural de Pamplona, hijo de otro del mismo nombre, coronel muerto en el campo del honor. Tengo veintiseis años; sé un poco de latin, de música y de esgrima; bastante de literatura, y vivo casi de milagro, porque vivo de mis revistas críticas de teatros en varios periódicos. No me he permitido nunca tener opiniones políticas, porque la política es el arte, ya que no la ciencia, de gobernar á los hombres, y yo, que profeso el principio fundamental de que nadie me gobierné, no puedo pensar en semejante molestia. No debo un real á bicho viviente, si se exceptúa á mi patrona, que dice que le debo no sé cuantos meses de pupilaje. Tengo muchos amigos, aunque inútiles, y no tengo vicios, porque el único que me atrae, que es el buen tabaco, está fuera de mi alcance. Oreo en Dios, como en sus adentros deben creer los pajarillos del campo, al verse libres y sustentados. Amo la verdad, y ejerzo la profesion de decir la en letras de molde. No he pensado jamás en el porvenir; pero hoy creo en él porque he tenido una idea luminosa, que vengo á someter á la aprobacion de usted, y que, aprobada, le hará ganar seis millones y á mí cuatro. Paso á exponerla en cuatro palabras.

—Veamos la idea.

—Es sencillísima—prosiguió Pérez, levantándose ceremoniosamente de su asiento.— Señor duque, tengo el alto honor de pedir á usted la mano de su angelical y bellísima hija, jurando por mi honor dedicar mi vida á la obra de su felicidad, y contentándome con que la dote usted en cuatro millones, en vez de los diez probables y consabidos.—He dicho.

El duque, por toda respuesta, abrió un cajon de su escritorio, sacó de él un billete de Banco de quinientos reales, que alargó sonriendo al demandante, y le dijo:

—Para la patrona. ¿He comprendido bien la idea?...

—Amarablemente, sí señor—respondió Pérez tomando el billete, volviendo á inclinarse con la mayor correccion y añadiendo: es usted, señor duque, un grande hombre, á pesar de ser un millonario. Servidor de usted.

—Y salió.

El duque contaba con frecuencia á sus amigos la aventura, que se ha transmitido fielmente á nuestra generacion. Pero no volvió á recibir más jóvenes desconocidos.

S. LÓPEZ GUIJARRO.

A LA LUNA.

(INÉDITA.)

Oh, tú pálida reina de la noche! qué encanto nos ofrece tu luz pura! cuando cierra la flor su tierno broche tú le das al mortal paz y ventura.

Tú que cruzas tranquila y solitaria en el silencio la jerúfca esfera, escaucha mi recóndita plegaria, blanca luna, magnífica lumbrera.

Mis ojos de llorar están cansados, mi alma no encuentra, en su pesar, consuelo, que hay seres que al nacer son destinados á vivir padeciendo en este suelo.

Si no alumbra mi frente tu luz triste siento mi corazón lleno de pena, y letal palidez mi rostro viste, porque el dolor marchita y envenena.

Feliz soy al mirarte y he sentido consuelo inmenso en mi dolor profundo; por tí, pálida luna, he comprendido que hay algo más allá de aqueste mundo.

De la Virgen Sagrada una sonrisa me parece tu luz suave y hermosa, ó tal vez de sus ojos se desliza cuando el mundo contempla cariñoso.

¿Mas cómo adivinar lo que tú eres? Estás tan alta en la region del Cielo... Mensajera de dicha y de placeres, yo te contemplo con ferviente anhelo.

¿Será efímero el gozo que ahora siento, el pesar á mi pecho tornará, y agobiada por triste sentimiento mi lánguida existencia concluirá?...

Mas cuando al peso del dolor sucumba y mi cuerpo se vuelva polvo y nada irás á iluminar mi pobre tumba, le enviarás desde el cielo una mirada.

Todo tendrá su fin, que así está escrito; pero tú, mi apacible compañera, mandada por el Sér que es infinito alumbrarás al justo en otra esfera.

CAMERINA PAVON Y OVIEDO.

Julio 23 de 1885.

MORITO.

TRES horas largas empleamos en visitar la Exposicion. Mi amigo Julio, gran aficionado á la raza canina, mostraba singular complacencia en explicarme el mayor ó menor mérito de éste ó del otro animalito, ensalzando las buenas cualidades de cada casta, al propio tiempo que me señalaba los defectos de que adolecían algunos ejemplares.

En aquella visita aprendí que la raza podenca, exclusiva de nuestro país, es verdaderamente notable por su sobriedad, resistencia, fina nariz y ligereza; que el perro de presa mallorquin, en punto á bravura, nada tiene que envidiar al *bulldog* inglés; que el pascón es una raza degenerada que se deja dominar por el cansancio fácilmente; y que el sabueso, raza española pura, próxima á desaparecer, ha servido de patron á los ingleses para sus mejores castas.

Al salir de la Exposicion, mi amigo Julio me invitó á comer en Fornos á donde nos dirigimos, haciendo alto á la entrada de la calle del Barquillo, en la casa en que vive mi anfitrión. Este me dijo:

—¿Me permite usted que suba á recoger mi abrigo? Ha refrescado un poco la tarde y preveo que entrada la noche me va á hacer verdadera falta.

—Con mucho gusto—le contesté.

—Y si quiere usted tomarse la molestia de subir unos cuantos escalones, le enseñaré un perro que, para mí, vale el solo por los sesenta que forman la Exposicion que acabamos de ver.

Seguí á mi amigo, y minutos después me hallaba en su cuarto frente á frente de un perro maravillosamente diseado.

—Presento á usted al pobre *Morito*, perro que, como le he dicho al invitarle á subir, no le cambiaria, muerto como está, por todos los vivos que contiene la Exposicion. *Morito* no sólo salvó la vida de una persona queridísima para mí, sino que de paso le dió una leccion que siempre tendrá presente.

—Sabe, usted, amigo mio, que esas palabras despiertan mi curiosidad....

—Que será satisfecha, si usted lo desea, á los postres de la comida.

—Aceptado.

—Y ansioso ya por conocer la historia de *Morito*, al salir á la calle, apreté el paso para llegar cuanto antes á Fornos. Mi impaciencia duró tanto como la comida.

—Servido el café, Julio ofreciome un ve-